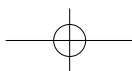
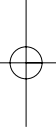
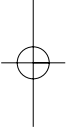
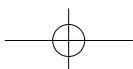
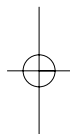
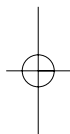




En el café de la juventud perdida







Patrick Modiano

En el café
de la juventud
perdida

Traducción de María Teresa Gallego Urrutia



EDITORIAL ANAGRAMA
BARCELONA



Título de la edición original:
Dans le café de la jeunesse perdue
© Éditions Gallimard
Paris, 2007

*Ouvrage publié avec le concours du Ministère français
chargé de la culture-Centre National du Livre
Publicado con la ayuda del Ministerio francés
de Cultura-Centro Nacional del Libro*

Diseño de la colección:
Julio Vivas
Ilustración: Clemence René-Bazin, foto © Raymond Depardon / Magnum
Photos / Contacto

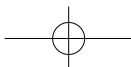
Primera edición: septiembre 2008

© EDITORIAL ANAGRAMA, S. A., 2008
Pedró de la Creu, 58
08034 Barcelona

ISBN: 978-84-339-7486-0
Depósito Legal: B. 30272-2008

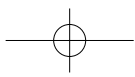
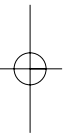
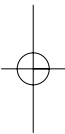
Printed in Spain

Liberdúplex, S. L. U., ctra. BV 2249, km 7,4 - Polígono Torrentfondo
08791 Sant Llorenç d'Hortons



A mitad del camino de la verdadera vida,
nos rodeaba una adusta melancolía, que ex-
presaron tantas palabras burlonas y tristes, en
el café de la juventud perdida.

GUY DEBORD



De las dos entradas del café, siempre prefería la más estrecha, la que llamaban la puerta de la sombra. Escogía la misma mesa, al fondo del local, que era pequeño. Al principio, no hablaba con nadie; luego ya conocía a los parroquianos de Le Condé, la mayoría de los cuales tenía nuestra edad, entre los diecinueve y los veinticinco años, diría yo. En ocasiones se sentaba en las mesas de ellos, pero, las más de las veces, seguía siendo adicta a su sitio, al fondo del todo.

No llegaba a una hora fija. Podía vérsela ahí sentada por la mañana muy temprano. O se presentaba a eso de las doce de la noche y se quedaba hasta la hora de cerrar. Era el café que más tarde cerraba en el barrio, junto con Le Bouquet y La Pergola, y el que tenía una clientela más peculiar. Ahora que ha pasado el tiempo me pregunto si no era sólo su presencia la que hacía peculiares el local y a las personas que en él había, como si lo hubiera impregnado todo con su perfume.

Vamos a suponer que llevan allí a alguien con los ojos vendados, lo sientan a una mesa, le quitan la venda y le preguntan: ¿En qué barrio de París estás? Bastaría con que mirase a los vecinos y escuchase lo que decían y es posible que lo adivinara: Por las inmediaciones de la glorieta de L'Odéon, que siempre me imagino igual de lúgubre bajo la lluvia.

Entró un día en Le Condé un fotógrafo. Nada había en su aspecto que lo diferenciase de los parroquianos. La misma edad, el mismo atuendo desaliñado. Llevaba una chaqueta que le estaba larga, un pantalón de lienzo y zapatones del ejército. Hizo muchas fotos a los asiduos de Le Condé. Él también se volvió un asiduo y a los demás les parecía que le hacía fotos a la familia. Mucho más adelante se publicaron en un álbum dedicado a París, sin más pie que los nombres de los clientes o sus apodos. Y ella aparece en varias de esas fotos. Captaba la luz, como se dice en el cine, mejor que los demás. En ella es en la primera en quien nos fijamos, de entre todos los otros. En la parte de abajo de la página, en los pies de foto, se la menciona con el nombre de «Louki». «De izquierda a derecha: Zacharias, Louki, Tarzan, Jean-Michel, Fred y Ali Cherif...» «En primer plano, sentada en la barra: Louki. Detrás Annet, Don Carlos, Mireille, Adamov y el doctor Vala.» Está muy erguida, mientras que los demás tienen la guardia baja; el que se llama Fred, por ejemplo, se ha quedado dormido con la cabeza apoyada en el asiento de molesquín y se ve muy bien que lleva varios días sin afeitarse. Hay que dejar claro lo siguiente: el nombre de Louki se lo pusieron

cuando empezó a ir asiduamente por Le Condé. Yo estaba allí una noche, cuando entró a eso de las doce y ya no quedaban más que Tarzan, Fred, Zacharias y Mireille, sentados a la misma mesa. Fue Tarzan quien exclamó: «Anda, aquí viene Louki...» Primero pareció asustada y, luego, sonrió. Zacharias se puso de pie y, con tono de fingida seriedad, dijo: «Esta noche te bautizo. A partir de ahora te llamarás Louki.» Y según iba pasando el rato y todos la llamaban Louki, creo que sentía alivio por tener ese nombre nuevo. Sí, alivio. Porque, desde luego, cuanto más lo pienso más vuelvo a mi primera impresión: se refugiaba aquí, en Le Condé, como si quisiera huir de algo, escapar de un peligro. Se me ocurrió cuando la vi sola, al fondo del todo, en aquel sitio en donde nadie podía fijarse en ella. Y cuando se mezclaba con los demás, tampoco llamaba la atención. Se quedaba en silencio y reservada y se limitaba a escuchar. Llegué incluso a decirme que, para mayor seguridad, prefería los grupos escandalosos, prefería a los «bocazas», porque, en caso contrario, no habría estado casi siempre sentada en la mesa de Zacharias, de Jean-Michel, de Fred y de la Houpa... Junto a ellos, el entorno se la tragaba, no era ya sino una comparsa anónima, de esas de las que dicen en los pies de foto: «Persona no identificada» o, más sencillamente, «X». Sí, en la primera época en Le Condé nunca la vi hablando a solas con alguien. Y además no había inconveniente en que alguno de los bocazas la llamase Louki cuando hablaba para todos puesto que en realidad no se llamaba así.

No obstante, si te fijabas bien, notabas unos cuantos detalles que la diferenciaban de los demás. Se vestía con un primor poco usual en los parroquianos de Le Condé. Una noche, en la mesa de Tarzan, de Ali Cherif y de la Houpa, mientras encendía un cigarrillo me llamó la atención lo delicadas que tenía las manos. Y, sobre todo, le brillaban las uñas. Las llevaba pintadas con un barniz incoloro. Puede parecer un detalle fútil. Seamos, pues, más trascendentes. Para ello es menester dar unos cuantos detalles acerca de los parroquianos de Le Condé. Tenían, decíamos, entre diecinueve y veinticinco años, salvo algunos, como Babilée, Adamov o el doctor Vala, que se iban acercando poco a poco a los cincuenta, pero de cuya edad se olvidaba uno. Babilée, Adamov o el doctor Vala seguían siendo fieles a su juventud, a eso a lo que podríamos dar el hermoso nombre, melodioso y pasado de moda, de «bohemia». Busco en el diccionario «bohemia»: Persona que lleva una vida de vagabundeo, sin normas ni preocupación por el mañana. He aquí una definición que les iba muy bien a las asiduas y a los asiduos de Le Condé. Algunos de ellos, como Tarzan, Jean-Michel y Fred aseguraban que, desde la adolescencia, habían tenido que vérselas bastante más de una vez con la policía, y la Houpa se había fugado a los dieciséis años del correccional de Le Bon Pasteur. Pero estábamos en París y en la Rive Gauche, la orilla izquierda del Sena, y la mayoría de ellos vivían a la sombra de la literatura y de las artes. Yo, por mi parte, estaba estudiando. No me atrevía a decirlo y, en realidad, no me mezclaba en serio con aquel grupo.

Me di cuenta claramente de que era diferente de los demás. ¿De dónde venía antes de que le pusieran aquel nombre? Los parroquianos de Le Condé solían tener un libro en las manos, que dejaban al desgaire encima de la mesa y cuya tapa estaba manchada de vino. *Los cantos de Maldoror, Iluminaciones, Las barricadas misteriosas*. Pero ella, al principio, siempre llegaba con las manos vacías. Y, luego, seguramente, debió de querer hacer lo mismo que los demás y un día, en Le Condé, la sorprendí sola y leyendo. Desde entonces, el libro ya no la dejó nunca. Lo colocaba bien a la vista encima de la mesa, cuando estaba con Adamov y los demás, como si aquel libro fuera el pasaporte o la tarjeta de residente que legitimaba su presencia junto a ellos. Pero nadie se fijaba, ni Adamov, ni Babilée, ni Tarzan, ni la Houpa. Era un libro de bolsillo con la tapa sucia, de esos que se compran en los puestos de lance de los muelles y cuyo título estaba impreso en grandes letras rojas: *Horizontes perdidos*. Por entonces, era algo que no me decía nada. Debería haberle preguntado de qué trataba el libro, pero me dije, tontamente, que *Horizontes perdidos* no era para ella sino un accesorio y que hacía como si lo estuviera leyendo para ponerse a tono con la clientela de Le Condé. A aquella clientela, si un transeúnte le hubiera lanzado una mirada furtiva desde la calle —e incluso si hubiera apoyado la frente en la cristalera—, la habría tomado por una sencilla clientela de estudiantes. Pero no habría tardado en cambiar de opinión al fijarse en la cantidad de alcohol que bebían en la mesa de Tarzan, de Mireille, de Fred y de la Houpa. En los apacibles cafés del Ba-

rrio Latino, nadie habría bebido nunca tanto. Por supuesto, en las horas bajas de la tarde Le Condé podía resultar engañoso. Pero según iba cayendo el día, se convertía en el punto de cita de eso que un filósofo sentimental llamaba «la juventud perdida». ¿Por qué ese café y no otro? Por la dueña, una tal señora Chadly a la que nada parecía sorprender y que mostraba incluso cierta indulgencia con sus parroquianos. Muchos años después, cuando las calles del barrio no brindaban ya más que escaparates de lujosos comercios de moda y una marroquinería ocupaba el lugar de Le Condé, me encontré con la señora Chadly en la otra orilla del Sena, en la cuesta arriba de la calle Blanche. Tardó en reconocermme. Caminamos juntos un buen rato hablando de Le Condé. Su marido, un argelino, compró el comercio al acabar la guerra. Se acordaba de cómo nos llamábamos todos. Con frecuencia se preguntaba qué habría sido de nosotros, pero no se hacía ilusiones. Supo, desde el principio, que las cosas iban a irnos muy mal. Unos perros perdidos, me dijo. Y cuando nos separamos, delante de la farmacia de la plaza Blanche, me hizo la siguiente confidencia, mirándome a los ojos: «A mí la que más me gustaba era Louki.»

Cuando se sentaba a la mesa de Tarzan, de Fred, y de la Houpa, ¿bebía tanto como ellos o hacía que bebía para que no se ofendiesen? En cualquier caso, con el busto erguido, ademanes lentos y armoniosos y sonrisa casi imperceptible, aguantaba estupendamente el alcohol. En la barra, es más fácil hacer trampa. Aprovechas un momento de distracción de los

amigos bebedores y vacías el vaso en el fregadero. Pero ahí, en una de las mesas de Le Condé, resultaba más difícil. Te forzaban a seguirlos en sus borracheras. En esto eran muy susceptibles y te consideraban indigno de su grupo si no los acompañabas hasta el final de eso que llamaban sus «viajes». En cuanto a las demás sustancias tóxicas, creí comprender, sin tener total seguridad, que Louki las tomaba con algunos miembros del grupo. No obstante, nada había ni en su mirada ni en su comportamiento que permitiera suponer que visitaba los paraísos artificiales.

Con frecuencia me he preguntado si algún conocido suyo le habló de Le Condé antes de que entrase por primera vez. O si alguien había quedado con ella en aquel café y no se había presentado. Entonces, a lo mejor lo que pasó fue que se apostó allí día tras día, noche tras noche, en su mesa, con la esperanza de volver a encontrarlo en aquel lugar que era el único punto de referencia entre ella y el desconocido. No había ninguna otra forma de localizarlo. Ni dirección. Ni número de teléfono. Sólo un nombre. Pero también es posible que hubiera ido a parar allí por casualidad, como yo. Andaba por el barrio y quería guarecerse de la lluvia. Siempre he creído que hay lugares que son imanes y te atraen si pasas por las inmediaciones. Y eso de forma imperceptible, sin que te lo malicies siquiera. Basta con una calle en cuesta, con una acera al sol, o con una acera a la sombra. O con un chaparrón. Y te llevan a ese lugar, al punto preciso en el que debías encallar. Me parece que Le Condé, por el sitio en que estaba, tenía ese poder magnético y que, si hicié-

ramos un cálculo de probabilidades, el resultado lo confirmaría: en un perímetro bastante amplio, era inevitable derivar hacia él. Lo digo por experiencia.

Uno de los miembros del grupo, Bowing, ese a quien llamábamos «el Capitán», se había lanzado a una empresa a la que los demás dieron el visto bueno. Llevaba casi tres años apuntando los nombres de los clientes de Le Condé, a medida que iban llegando, y, en todos los casos, apuntaba además la fecha y la hora exactas. Había encargado esa misma tarea a dos amigos suyos en Le Bouquet y La Pergola, que abrían toda la noche. Por desdicha, en aquellos dos cafés no todos los clientes querían decir cómo se llamaban. En el fondo, Bowing estaba deseando salvar del olvido a las mariposas que dan vueltas durante breves instantes alrededor de una lámpara. Soñaba, decía, con un gigantesco registro donde quedasen apuntados los nombres de los clientes de todos los cafés de París en los últimos cien años, con mención de sus sucesivas llegadas y partidas. Lo obsesionaban lo que él llamaba «los puntos fijos».

En ese fluir ininterrumpido de mujeres, de hombres, de niños y de perros, que pasan y acaban por desvanecerse calle adelante, nos gustaría quedarnos de vez en cuando con una cara. Sí, según Bowing, en el maelstrom de las grandes urbes era necesario hallar unos cuantos puntos fijos. Antes de irse al extranjero, me dio el cuaderno en que había llevado, día a día, durante tres años, el repertorio de los clientes de Le Condé. Louki sólo aparece con ese nombre prestado y se la menciona por primera vez un 23 de enero. El

invierno de aquel año fue especialmente riguroso y algunos no salían en todo el día de Le Condé para resguardarse del frío. El Capitán anotaba también nuestras señas, de forma tal que era posible suponer el trayecto habitual que hacíamos todos para llegar a Le Condé. Era otra de las formas de Bowling de determinar puntos fijos. En los primeros tiempos no menciona la dirección de Louki. Hasta un 28 de enero no leemos: «14.00. Louki, calle de Fermat, 26, distrito XIV.» Pero el 5 de septiembre de ese mismo año ya ha cambiado de dirección: «23.40. Louki, calle de Cels, 8, distrito XIV.» Supongo que Bowling dibujaba en planos grandes de París nuestros trayectos hasta Le Condé y que el Capitán usaba para eso bolígrafos de diferentes colores. A lo mejor quería saber si había alguna probabilidad de que nos cruzásemos unos con otros antes de llegar a la meta.

Me acuerdo, precisamente, de que me encontré un día con Louki en un barrio que no conocía y al que había ido a ver a un primo lejano de mis padres. Al salir de su casa, iba camino de la boca de metro Porte-Maillot y nos cruzamos al final del todo de la avenida de La-Grande-Armée. La miré fijamente y ella también clavó en mí una mirada intranquila, como si la hubiera sorprendido en una situación comprometida. Le alargué la mano: «Nos conocemos de Le Condé», le dije; y me pareció de repente que aquel café estaba en la otra punta del mundo. Sonrió con expresión de apuro: «Sí, claro... Le Condé...» Hacía poco que había aparecido por allí por primera vez. Aún no se juntaba con los demás y Zacharias to-

avía no la había bautizado con el nombre de Louki. «Curioso café, Le Condé, ¿verdad?» Asintió con la cabeza como para darme la razón. Dimos unos cuantos pasos juntos y me dijo que vivía por la zona, pero que el barrio no le gustaba nada. Qué bobada, la verdad, habría podido enterarme ese día de cómo se llamaba en realidad. Nos separamos en Porte-de-Maillot, delante del metro, y miré cómo se alejaba hacia Neuilly y el bosque de Boulogne, andando cada vez más despacio como para darle a alguien la oportunidad de que la detuviera. Pensé que no volvería más a Le Condé y no sabría ya nunca de ella. Se esfumaría en eso que Bowling llamaba «el anonimato de la gran ciudad», contra el que pretendía él luchar llenando de nombres las páginas de aquel cuaderno suyo, de la marca Clairefontaine, de ciento noventa páginas y con tapas rojas plastificadas. Para ser sincero, no es que así se solucionen las cosas. Al hojear ese cuaderno, aparte de nombres y señas fugitivas, no se entera uno de nada referido a esas personas, ni referido a mí. No cabe duda de que el Capitán opinaba que no estaba ya nada mal eso de habernos nombrado y «fijado» en un sitio... Por lo demás... En Le Condé nunca nos hacíamos unos a otros preguntas acerca de nuestros orígenes. Éramos demasiado jóvenes, no teníamos pasado alguno que desvelar, vivíamos en el presente. Ni siquiera los parroquianos de más edad, Adamov, Babilée o el doctor Vala, aludían nunca a su pasado. Se contentaban con estar allí, entre nosotros. Ahora, después de tanto tiempo, es cuando lamento algo: me habría gustado que Bowling diera detalles

más concretos en su cuaderno y que nos hubiese dedicado a cada uno una notita biográfica. ¿Creía en serio que un nombre y una dirección bastarían, andando el tiempo, para recuperar el hilo de una vida? ¿Y sobre todo que bastaría sólo con un nombre que ni siquiera era el de verdad? «Louki. Lunes 12 de febrero. 23.00.» «Louki. 28 de abril. 14.00.» También indicaba dónde se sentaban cada día los parroquianos alrededor de las mesas. A veces ni siquiera hay nombre, ni apellido. En el mes de junio de aquel año hay tres anotaciones: «Louki con el moreno de chaqueta de ante.» O a ése no le preguntó cómo se llamaba o él no quiso contestarle. Por lo visto, el individuo no era cliente habitual. El moreno de chaqueta de ante se perdió para siempre por las calles de París y Bowling no pudo dejar fija su sombra durante unos pocos segundos. Y, además, en ese cuaderno suyo hay cosas que no son exactas. He acabado por dar con puntos de referencia que me confirman en mi impresión de que no fue en enero cuando vino Louki por primera vez a Le Condé, como parece dar a entender Bowling. La recuerdo mucho antes de aquella fecha. El Capitán sólo la menciona a partir del momento en que los demás la bautizaron con el nombre de Louki y supongo que, hasta entonces, no le había llamado la atención su presencia. Ni siquiera le correspondió un vago apunte, algo así como lo del moreno de chaqueta de ante: «14.00. Una morena de ojos verdes.»

Apareció en octubre del año anterior. He encontrado un punto de referencia en el cuaderno del Capitán: «15 de octubre. 21.00. Cumpleaños de Zacharias.

En su mesa: Annet, Don Carlos, Mireille, la Houpa, Fred, Adamov.» Lo recuerdo a la perfección. Louki estaba en esa mesa. ¿Por qué no tuvo Bowling la curiosidad de preguntarle cómo se llamaba? Los testimonios son frágiles y contradictorios, pero estoy seguro de que estaba allí aquella noche. Me llamó la atención cuanto la hacía invisible para Bowling. La timidez, los ademanes lentos, la sonrisa y, sobre todo, el silencio. Estaba al lado de Adamov. A lo mejor había venido a Le Condé por él. Yo me había cruzado muchas veces con Adamov por las inmediaciones de L'Odéon y algo más allá, en el barrio de Saint-Julien-le-Pauvre. Y en cada ocasión iba con la mano apoyada en el hombro de una joven. Un ciego que deja que lo guíen. Y, no obstante, daba la impresión de ir fijándose en todo con aquella mirada suya de perro trágico. Y, en cada ocasión, me parecía que era una joven diferente la que le hacía de guía. O de enfermera. ¿Por qué no Louki? Y, precisamente, esa noche salió de Le Condé con Adamov, los vi ir cuesta abajo por la calle desierta hacia L'Odéon. Adamov le ponía la mano en el hombro y caminaba con aquel paso mecánico suyo. Habríase dicho que a ella le daba miedo andar demasiado deprisa; y, de vez en cuando, se paraba un momento como para que él recobrase el resuello. En el cruce de L'Odéon, Adamov le dio un apretón de manos un tanto solemne y, luego, Louki se metió en el metro. Él siguió andando como un sonámbulo, como solía, en derechura hacia Saint-André-des-Arts. ¿Y ella? Sí, empezó a venir a Le Condé en otoño. Y seguro que no fue por casualidad. A mí nunca me ha parecido el otoño una estación triste. Las

hojas secas y los días cada vez más cortos nunca me han hecho pensar en algo que se acaba, sino más bien en una espera de porvenir. Hay electricidad en el aire de París en los atardeceres de octubre, a la hora en que va cayendo la noche. Incluso cuando llueve. No me entra melancolía a esa hora, ni tengo la sensación de que el tiempo huye. Sino de que todo es posible. El año comienza en el mes de octubre. Empiezan las clases y creo que es la estación de los proyectos. Así que si Louki vino a Le Condé en octubre fue porque había roto con toda una parte de su vida y quería hacer eso que llaman en las novelas PARTIR DE CERO. Por lo demás, hay un indicio que me demuestra que no debo de estar del todo equivocado. En Le Condé le pusieron un nombre nuevo. Y, aquel día, Zacharias habló incluso de bautismo. Había vuelto a nacer, como quien dice.

En cuanto al moreno de chaqueta de ante, por desdicha no aparece en las fotos que se hicieron en Le Condé. Una lástima. Con frecuencia resulta posible identificar a alguien por una foto. Se publica en la prensa y se piden testigos. ¿Sería acaso un miembro del grupo que Bowing no conocía y cuyo nombre le dio pereza inquirir?

Anoche, hojeé atentamente todo el cuaderno, página por página. «Louki con el moreno de chaqueta de ante.» Y, para mayor sorpresa mía, caí en la cuenta de que no fue sólo en junio cuando el Capitán mencionó a ese desconocido. En la parte de abajo de una página, garabateó deprisa y corriendo: «24 de mayo. Louki con el moreno de chaqueta de ante.» Y también está la misma anotación dos veces en abril. Una vez le

pregunté a Bowling por qué siempre que salía Louki había subrayado el nombre con lápiz azul, como para distinguirla de los demás. No, no había sido cosa suya. Un día que estaba sentado en la barra y tomando nota de los parroquianos presentes en el local, un hombre que estaba de pie a su lado lo sorprendió en plena tarea: un individuo de alrededor de cuarenta años, un conocido del doctor Vala. Hablaba con voz suave y fumaba rubio. Bowling se sintió a gusto con él y le habló un poco de lo que él llamaba su Libro de Oro. El otro pareció interesado. Era «editor de libros de arte». Sí, sí, y además conocía al que había estado haciendo fotos en Le Condé hacía tiempo. Tenía intención de publicar un álbum con ellas; iba a llamarse: *Un café de Paris*. ¿Tendría la bondad de prestarle hasta el día siguiente el cuaderno? Porque podría venirle bien para escoger los pies de foto. Al día siguiente, le devolvió el cuaderno a Bowling y nunca más volvió a aparecer por Le Condé. Al Capitán lo sorprendió que el nombre de Louki estuviera subrayado en azul siempre que salía. Quiso saber más del asunto y le hizo unas cuantas preguntas al doctor Vala acerca del editor de libros de arte. Vala se quedó sorprendido. «¿Ah, le ha dicho que era editor de libros de arte?» Lo conocía de forma muy superficial porque se había cruzado con él muchas veces en la calle de Saint-Benoît, en La Malène, y en el bar del Montana, en donde jugó incluso varias veces con él a los dados. Era un individuo que hacía tiempo que andaba por el barrio. ¿Que cómo se llamaba? Caisley. A Vala se lo veía un poco violento al hablar de él. Y cuando Bo-

wing mencionó su cuaderno y las rayas azules debajo del nombre de Louki, al doctor le cruzó por los ojos una expresión preocupada. Fue algo muy fugitivo. Luego sonrió: «Será que le gusta la chiquita... Es tan guapa... Pero qué cosas tan raras se le ocurren a usted, llenar un cuaderno con todos esos nombres... Me hacen una gracia usted y su grupo con esos experimentos suyos de patafísica.» Lo confundía todo: la patafísica, el letrismo, la escritura automática, las metagrafías y todos los experimentos que realizaban los parroquianos más literatos de Le Condé, tales como Bowling, Jean-Michel, Fred, Babilée, Larronde o Adamov. «Y además es peligroso eso que hace —añadió el doctor Vala en tono serio—. Ese cuaderno suyo parece un libro de registro de la policía o el libro de entradas diarias de una comisaría. Es algo así como si nos hubieran pescado a todos en una redada...»

Bowling protestó e intentó explicarle su teoría de los puntos fijos, pero a partir de ese día al Capitán le dio la impresión de que Vala desconfiaba de él, e incluso de que intentaba evitarlo.

El Caisley de marras no se había limitado a subrayar el nombre de Louki. Cada vez que aparecía en el cuaderno «el moreno de chaqueta de ante» había dos rayas a lápiz azul. Todo esto alteró mucho a Bowling, que anduvo rondando la calle de Saint-Benoît en los días posteriores con la esperanza de toparse con el supuesto editor de libros de arte en La Malène o en Le Montana y pedirle explicaciones. Nunca volvió a verlo. Y él tuvo que irse de Francia tiempo después y me dejó el cuaderno, como si quisiera que yo reanu-

dase la búsqueda. Pero ahora es ya demasiado tarde. Y, además, si toda aquella época sigue aún muy viva en mi recuerdo se debe a las preguntas que se quedaron sin respuesta.

En las horas bajas del día, al volver de la oficina y, muchas veces, en la soledad de los domingos por la noche, me vuelve algún detalle. Me fijo mucho e intento reunir más y anotarlos al final del cuaderno de Bowling, en las páginas que se quedaron en blanco. Yo también empiezo a buscar puntos fijos. Es un pasatiempo, lo mismo que otros hacen crucigramas o solitarios. Los nombres y las fechas del cuaderno de Bowling me resultan de gran utilidad; de vez en cuando me traen al recuerdo un acontecimiento concreto, una tarde de lluvia o de sol. Siempre he sido muy sensible a las estaciones. Una noche, Louki entró en Le Condé con el pelo chorreando por culpa de un chaparrón, o, más bien, de esas lluvias interminables de noviembre o de principios de la primavera. Aquel día, la señora Chadly estaba detrás de la barra. Subió al primer piso, a su diminuto apartamento, por una toalla. Como indica el cuaderno, estaban juntos en la misma mesa, aquella noche, Zacharias, Annet, Don Carlos, Mireille, la Houpa, Fred y Maurice Raphaël. Zacharias cogió la toalla y le frotó el pelo a Louki antes de anudársela en la cabeza como un turbante. Ella se sentó a su mesa, le hicieron tomar un grog y se quedó con ellos hasta muy tarde, con el turbante. Cuando nos fuimos de Le Condé, a eso de las dos de la mañana, no había dejado de llover. Nos quedamos en el marco de la puerta de la calle y Louki seguía con el turbante.

La señora Chadly había apagado las luces y se había ido a la cama. Abrió la ventana del entresuelo y nos propuso que subiéramos a su casa a guarecernos. Pero Maurice Raphaël le dijo, muy galante: «De ninguna manera... No podemos quitarla de dormir...» Era un hombre guapo, moreno, mayor que nosotros, un cliente asiduo de Le Condé a quien Zacharias llamaba «el Jaguar» porque andaba y se movía con ademanes felinos. Tenía publicados varios libros, igual que Adamov y Larronde, pero nunca hablábamos de ellos. Flotaba un misterio alrededor de ese hombre e incluso llegábamos a pensar que tenía que ver con el hampa. Arreció la lluvia, una lluvia de monzón, pero a los demás no les importaba, porque vivían en el barrio. Un momento después ya no quedábamos bajo el dintel más que Louki, Maurice Raphaël y yo. «Si quieren que los lleve a casa en coche», propuso Maurice Raphaël. Fuimos calle abajo corriendo bajo la lluvia, hasta donde tenía aparcado el coche, un Ford negro viejo. Louki se sentó a su lado y yo en la parte de atrás. «¿A quién dejo primero?», preguntó Maurice Raphaël. Louki le dijo la calle en que vivía y especificó que estaba más allá del cementerio de Montparnasse. «Pues entonces vive usted en el limbo», dijo él. Y creo que ni Louki ni yo entendimos a qué se refería con eso de «el limbo». Le pedí que me dejara pasadas las verjas de Le Luxembourg, en la esquina con la calle Val-de-Grâce. No quería que supiera mi domicilio exacto por temor a que me hiciera alguna pregunta.

Les di la mano a Louki y a Maurice Raphaël mientras me decía que ninguno de los dos sabía cómo me

llamaba yo de nombre. Era un parroquiano muy discreto de Le Condé y siempre me quedaba un poco aparte y me contentaba con escuchar lo que decían todos los demás. Me bastaba. Me encontraba a gusto con ellos. Le Condé era para mí un refugio contra todo lo que preveía que traería la grisura de la vida. Habría una parte de mí mismo –la mejor– que algún día no me quedaría más remedio que dejar allí.

–Hace usted bien en vivir en el barrio de Val-de-Grâce –me dijo Maurice Raphaël.

Me sonreía y con esa sonrisa parecía expresar a un tiempo amabilidad e ironía.

–Hasta pronto –me dijo Louki.

Bajé del coche y esperé a que se perdiera de vista, camino de Port-Royal, antes de desandar lo andado. En realidad no vivía en Val-de-Grâce propiamente dicho, sino algo antes, en el número 85 del bulevar Saint-Michel, donde, por un milagro, había encontrado una habitación nada más llegar a París. Desde la ventana veía la fachada negra de mi escuela. Aquella noche no podía apartar los ojos de aquella fachada monumental y de la gran escalera de piedra de la entrada. ¿Qué pensarían los demás si se enteraban de que subía casi a diario por esa escalera y que era alumno de la Escuela Superior de Minas? Zacharias, La Houpa, Ali Cherif o Don Carlos ¿sabían acaso con exactitud qué era la Escuela de Minas? Tenía que guardarlo en secreto porque si no a lo mejor se reían de mí o desconfiaban. ¿Qué representaba para Adamov, Larronde o Maurice Raphaël la Escuela de Minas? Seguramente nada. Me aconsejarían que no vol-

viera por aquel sitio. Si pasaba mucho tiempo en Le Condé era porque quería que me dieran ese consejo de una vez para siempre. Louki y Maurice Raphaël debían de haber llegado ya al otro lado del cementerio de Montparnasse, a esa zona que él llamaba «el limbo». Y yo seguía allí, a oscuras, de pie y pegado a la ventana, mirando la fachada negra. Podría haber sido la estación fuera de servicio de una ciudad de provincias. En los muros del edificio vecino, me habían llamado la atención unas huellas de balas, como si allí hubiesen fusilado a alguien. Me repetía en voz baja aquellas cuatro palabras que me parecían cada vez más insólitas: ESCUELA SUPERIOR DE MINAS.

Tuve la suerte de que aquel joven fuera vecino mío de mesa en Le Condé y trabásemos conversación de forma tan espontánea. Era la primera vez que iba yo a ese local y, por edad, podía ser su padre. El cuaderno en que ha ido llevando, día tras día y noche tras noche, durante los últimos tres años, el repertorio de los clientes de Le Condé me facilitó el trabajo. Siento haberle ocultado la razón exacta por la que quería consultar ese documento que tuvo la amabilidad de prestarme. Pero ¿le mentí acaso cuando le dije que era editor de libros de arte?

Me di cuenta perfectamente de que me creía. Es la ventaja de llevarles veinte años a los demás: no saben nada del pasado de uno. Y aun cuando te hagan algunas preguntas distraídas acerca de lo que hasta ahora ha sido de tu vida, te lo puedes inventar todo. Una vida nueva. No harán comprobaciones. Según vas contando esa vida imaginaria, fuertes ráfagas de aire fresco cruzan por un lugar en el que llevabas

mucho tiempo asfixiándote. Se abre una ventana de repente y el aire de alta mar hace que golpeen las contraventanas. Vuelves a tener el porvenir entero por delante.

Editor de libros de arte. Se me ocurrió sin pensar. Si me hubieran preguntado, hace más de veinte años, qué quería ser, habría tartamudeado: editor de libros de arte. Bueno, pues esta vez lo dije. Nada cambió. Todos esos años quedaron abolidos.

Sólo que no hice del todo tabla rasa del pasado. Quedan unos cuantos testigos, unos cuantos supervivientes de entre los que fueron contemporáneos nuestros. Una noche, en El Montana, le pregunté al doctor Vala su fecha de nacimiento. Somos del mismo año. Y le recordé que nos habíamos conocido tiempo ha en ese mismo bar, cuando el barrio estaba aún en todo su esplendor. Y, además, me daba la impresión de que me había cruzado con él mucho antes, en otros barrios de París, en la orilla derecha del Sena. Estaba incluso seguro de ello. Vala pidió, con voz seca, una botella pequeña de Vittel, interrumpiéndome en el preciso momento en que a lo mejor podría yo haber sacado a relucir recuerdos desagradables. Me callé. Vivimos a merced de ciertos silencios. Sabemos mucho unos de otros. Así que hacemos por no encontrarnos. Lo mejor, por supuesto, es perderse de vista definitivamente.

Curiosa coincidencia... Volví a encontrarme con Vala aquella tarde en que crucé por primera vez el umbral de Le Condé. Estaba sentado en una mesa del fondo con dos o tres jóvenes. Me lanzó la mirada in-

tranquila del *bon vivant* que se topa con un espectro. Le sonreí. Le di la mano sin decir nada. Noté que la menor palabra que pudiera decir yo corría el riesgo de hacer que se sintiera incómodo frente a sus nuevos amigos. Mi silencio y mi discreción parecieron aliviarlo cuando me senté en el diván de cuero de imitación, en la otra punta del local. Desde allí, podía observarlo sin que nos cruzásemos la mirada. Hablaba a los jóvenes en voz baja, inclinándose hacia ellos. ¿Temía que oyese yo lo que les estaba diciendo? Entonces, por pasar el tiempo, me estuve imaginando todas las frases que podría haber dicho en tono falsamente mundano y le habrían cubierto la frente de gotas de sudor: «¿Sigue usted ejerciendo de matasanos?» Y, tras una pausa: «Oiga, ¿sigue teniendo la consulta en el muelle de Louis-Blériot? ¿O ha conservado la de la calle de Moscou...? Y aquella temporada en Fresnes,* hace ya tanto, espero que no tuviera demasiadas consecuencias...» Estuve a punto de soltar una carcajada, allí solo, en mi rincón. No envejecemos. Con el paso de los años, muchas personas y muchas cosas acaban por parecernos tan cómicas e irrisorias que las miramos con ojos de niño.

En esta primera ocasión, estuve mucho tiempo esperándola en Le Condé. No se presentó. Había que ser paciente. En otra ocasión sería. Me dediqué a observar a los parroquianos. La mayoría no pasaban de

* La cárcel de Fresnes, en las afueras de París. (*N. de la T.*)

los veinticinco años y un novelista del siglo XIX habría citado, refiriéndose a ellos, a la «bohemia estudiantil». Pero me parece que muy pocos debían de estar matriculados en La Sorbona o en la Escuela de Minas. Debo admitir que, al verlos de cerca, me preocupaba su porvenir.

Entraron dos hombres, con un intervalo muy breve. Adamov y aquel individuo moreno de andares dúctiles que había firmado unos cuantos libros con el nombre de Maurice Raphaël. Conocía a Adamov de vista. Hace tiempo, iba a diario al Old Navy, y tenía una mirada que no se podía olvidar. Creo que le hice algún favor para que pudiera regularizar su situación, en los tiempos en que yo tenía aún algo que ver con la Dirección Central de Informaciones Generales. En cuanto a Maurice Raphaël, también era un cliente habitual de los bares del barrio. Había quien decía que tuvo algún problema después de la guerra, con un nombre diferente. Por aquel entonces, yo trabajaba para Blémant. Ambos fueron a ponerse de codos en la barra. Maurice Raphaël se quedó de pie, muy tieso; y Adamov se subió a un taburete con una mueca de dolor. No se había fijado en mí. Por lo demás, ¿le recordaría algo aún mi cara? Fueron a reunirse con ellos en la barra tres jóvenes, dos muchachos y un chica rubia que llevaba una gabardina muy sobada e iba peinada con flequillo. Maurice Raphaël les alargaba un paquete de cigarrillos y los miraba con sonrisa divertida. Adamov se tomaba menos confianzas. Por la mirada intensa que ponía, se habría podido pensar que lo asustaban un poco.

Llevaba en el bolsillo dos fotos de fotomatón de aquella Jacqueline Delanque... En los tiempos en que trabajaba para Blémant, siempre lo sorprendía la facilidad que tenía yo para identificar a cualquiera. Me bastaba con cruzarme sólo una vez con una cara para que se me quedase grabada en la memoria, y Blémant me gastaba bromas acerca de aquel don para reconocer en el acto a una persona desde lejos, aunque estuviera de medio perfil e incluso de espaldas. Así que no estaba nada preocupado. En cuanto entrase en Le Condé, sabría que era ella.

El doctor Vala se volvió hacia la barra y nos cruzamos la mirada. Hizo un gesto amistoso con la mano. De repente me entraron ganas de ir hasta su mesa y decirle que tenía que hacerle una pregunta confidencial. Podría habérmelo llevado aparte y haberle enseñado las fotos: «¿La conoce?» La verdad es que me habría resultado útil saber algo más de aquella chica por boca de uno de los parroquianos de Le Condé.

Fui a su hotel en cuanto supe la dirección. Escogí las horas bajas de la tarde. Había más probabilidades de que hubiera salido. O, al menos, eso esperaba. Así podría preguntar en recepción unas cuantas cosas acerca de ella. Era un día de otoño soleado y había decidido ir a pie. Empecé el camino en los muelles y me fui metiendo poco a poco tierra adentro. En la calle de Le-Cherche-Midi me daba el sol en los ojos. Entré en Le Chien qui fume y pedí un coñac. Me sentía ansioso. Miraba, desde detrás del cristal, la avenida de Le Mai-

ne. Tenía que tirar por la acera de la izquierda y llegaría a la meta. No había razón alguna para estar ansioso. Según iba por la avenida, recobré la calma. Estaba casi del todo seguro de que no estaría y, además, esta vez no iba a entrar en el hotel para hacer preguntas. Lo rondaría, como se hace en una localización. Tenía por delante todo el tiempo que quisiera. Era mi trabajo.

Cuando llegué a la calle de Cels decidí salir de dudas. Una calle tranquila y gris que me recordó no un pueblo, o un suburbio, sino una de esas zonas misteriosas a las que se da el nombre de «tierras del interior». Me fui derecho a la recepción del hotel. No había nadie. Aguardé alrededor de diez minutos, con la esperanza de que no apareciese ella. Se abrió una puerta y una mujer morena con el pelo corto y toda vestida de negro se acercó al mostrador de recepción. Dije con voz amable:

–Busco a Jacqueline Delanque.

Pensaba que se habría registrado con el nombre de soltera.

Me sonrió y cogió un sobre de uno de los casilleros que tenía detrás.

–¿Es usted el señor Roland?

¿Quién era el individuo aquel? Asentí más o menos con la cabeza, por si acaso. Me alargó el sobre en el que ponía, escrito en tinta azul: *Para Roland*. El sobre no estaba cerrado. En una hoja grande de papel leí:

Roland, estaré en Le Condé, ven a partir de las 5. O, si no, llámame a AUTEUIL 15-28 y déjame un recado.

Firmaba Louki. ¿Un diminutivo de Jacqueline?
Doblé la hoja, la metí en el sobre y se lo devolví a la mujer morena.

–Disculpe... Ha habido un error... No es para mí.

No se inmutó y colocó la carta en el casillero con un ademán maquinal.

–¿Hace mucho que vive aquí Jacqueline Delanque?

Titubeó un momento y me contestó con tono afable:

–Alrededor de un mes.

–¿Sola?

–Sí.

La notaba indiferente y dispuesta a responder a cuanto le preguntase. Clavaba en mí una mirada en la que había un gran cansancio.

–Muy agradecido –le dije.

–No hay de qué.

Prefería no entretenerme más. El tal Roland podía estar al llegar. Volví a la avenida de Le Maine y la anduve en sentido contrario al de hacía un rato. En Le Chien qui fume pedí otro coñac. Busqué en la guía la dirección de Le Condé. Estaba en el barrio de L'Odéon. Las cuatro de la tarde; tenía algo de tiempo por delante. Así que llamé a AUTEUIL 15-28. Una voz seca, que me recordó la de la información horaria: «Taller La Fontaine. ¿En qué puedo servirle?» Pregunté por Jacqueline Delanque. «Ha salido un momento... ¿Quiere dejarle un recado?» Me entró la tentación de colgar, pero meforcé a contestar: «No, muchas gracias.»